

AGENDA CIUDADANA

LA REEMERGENCIA DEL ESTADO PRIISTA

Lorenzo Meyer

¿Ganar la Gran Batalla y Perder la Guerra?- La hazaña del foxismo fue capturar la ciudadela más importante del Estado priísta pero no el Estado mismo. En efecto, tras lo ocurrido en el verano del 2000, México siguió enmarcado por las estructuras diseñadas por y para el PRI y por lo mismo, pasada la euforia del triunfo, las fuerzas democráticas debieron de haber emprendido, sin pérdida de tiempo ni de la dinámica del triunfo inicial, las nuevas batallas encaminadas no sólo para afianzar lo ganado sino para expulsar las esencias antidemocráticas que aún dominaban en la mayor parte de la geografía del Estado mexicano.

Sin embargo, y para mala fortuna de quienes deseaban avanzar en la consolidación democrática, el equipo que ganó la presidencia no estuvo a la altura de la nueva tarea y las circunstancias tampoco ayudaron. Al final, el foxismo permitió que el PRI se repusiera del golpe recibido, le arrebatara la iniciativa y el pasado supuestamente superado está hoy volviendo por sus fueros. En efecto, una vez superada la etapa del “shock” de julio del 2000, la capacidad del antiguo Estado priísta para persistir y recuperar espacios, va en aumento, y el indicador más reciente de lo anterior, es la forma como el PRI pudo imponer a los suyos en el Instituto Federal Electoral --una institución vital para sostener la vida de la recién nacida democracia mexicana— tras negociar con un PAN que ya no intenta jugar el papel de partido en el gobierno sino que ha retornado a su situación tradicional: la de partido de oposición.

En el 2000, la sociedad mexicana en conjunto dio un enorme paso en su proceso de modernización política, incluso aquella parte que abiertamente rechazó la posibilidad del

cambio. Ahora bien, la difícil batalla por imponer el sistema democrático en México que concluyó en las urnas hace poco más de tres años --batalla que había empezado desde antes de que Francisco I. Madero se levantara en armas en 1910 en contra la dictadura de Porfirio Díaz al grito de “!sufragio efectivo, no reelección ¡”--, no aseguró el éxito de la guerra contra las viejas y poderosa herencia antidemocrática mexicana. El Estado del que Vicente Fox asumió la jefatura, seguía siendo el Estado priísta sólidamente construido a lo largo de varias generaciones. Ni Fox ni el PAN ni todos aquellos que hasta el 2000 habían sido oposición --básicamente el PRD--, tenían motivo para equivocarse en la identificación de la gran tarea por completar en el futuro inmediato: la consolidación de la democracia. Tampoco hubo razón para equivocarse respecto del verdadero enemigo de esa consolidación: lo que quedaba del Estado priísta. Y sin embargo, ni PAN ni PRD actuaron con celeridad, claridad, generosidad y decisión. Dieron preferencia a sus rencores e intereses particulares y el resultado está hoy a la vista: el PRI se recuperó y la regresión política ha dejado de ser una mera posibilidad teórica para convertirse en algo muy real.

La Estrategia que Fracasó.- Al examinar la forma y el contenido de la campaña electoral de Vicente Fox, es claro que el entonces candidato de la Alianza por el Cambio simplificó, y mucho, la complejidad del desafío al que tendría que enfrentarse en caso de que efectivamente lograra expulsar de la presidencia al partido que por tanto tiempo había acaparado el poder y borrado las fronteras entre PRI, gobierno y Estado. Por otro lado, debe reconocerse que fue justamente esa simplificación lo que hizo atractivo para una sociedad conservadora considerar seriamente la posibilidad del cambio, pues el prisma foxista lo hacía aparecer como algo simple y con pocos costos. La sencillez de la plataforma foxista y el desbordado optimismo del candidato, hicieron que una buena parte del público mexicano aceptara como un diagnóstico realista este proyecto: con entusiasmo, energía,

algunos recursos, honestidad y buena voluntad, con un liderazgo limpio y apoyado por la sociedad, podía sacarse sin violencia al PRI de “Los Pinos”. Y cuando ese partido que era la quintaesencia de la corrupción perdiera lo que hasta entonces había sido el corazón del sistema político –la presidencia de la república—, lo remplazaría la honestidad y la capacidad, lo que pondría fin a la descomposición e ineficiencia administrativas imperantes y abriría las puertas a la prosperidad. Con sus recursos públicos bien administrados y con una nueva moral cívica –la de Manuel López Morín--, una sociedad que poseía “la novena economía mundial”, no tardaría en convertirse en un país orgullo de sus ciudadanos. Y como ese proceso virtuoso sería apoyado y reforzado por el mundo externo democrático –en particular por Estados Unidos— y México inauguraría una nueva (y feliz) etapa histórica.

El otro gran supuesto en que se sustentó la campaña foxista era también muy adecuado a la naturaleza conservadora del electorado, en especial el de clase media y alta: en el pasado inmediato ya se habían hecho los sacrificios necesarios para hacer realidad la economía abierta, de mercado y sin las trabas del Estado intervencionista, paquidérmico, y corrupto del pasado. Por eso, al nuevo gobierno y al nuevo régimen no les quedaba más tarea que completar y hacer bien lo que Miguel de la Madrid, Carlos Salinas y Ernesto Zedillo habían hecho mal. El foxismo se suponía un gobierno de empresarios tan conocedor de la lógica del neoliberalismo como el que más, pero con la ventaja de contar con hombres y mujeres bien preparados, temerosos de Dios y comprometidos ya no con el avance de sus intereses personales o de grupo, sino con el “bien común”.

La simplicidad de la visión de la campaña electoral –un combate entre el bien y el mal, donde el primero tenía como destino vencer al segundo-- fue parte central del éxito inicial de Fox. Sin embargo, el esquema conceptual no cambió una vez que el foxismo asumió la grave responsabilidad del poder en la compleja situación de cambio de régimen, y

fue entonces que el simplismo se tornó en problema grave. En efecto, la necesaria dosis de maquiavelismo que era indispensable para enfrentar al PRI en la etapa de la consolidación de la victoria de la democracia, simplemente no existió. Y se perdió la oportunidad de explotar la debilidad del enemigo histórico para “despriisar” al Estado.

El diseño del gabinete y la incapacidad que el conjunto mostró ante los primeros obstáculos encontrados –por ejemplo, la imposibilidad de la negociación con los rebeldes de Chiapas, el fracaso del gran aeropuerto, de la reforma del Estado o de la fiscal, para citar sólo algunos de los ejemplos--, mostraron que, efectivamente, Fox se había creído el diagnóstico tan ingenuo de la realidad mexicana diseñado para servir sólo en la etapa de campaña. Y si en la vida personal la ingenuidad puede ser incluso un rasgo interesante, en política siempre es un error, que en el caso de un cambio de régimen, tiene la capacidad de convertirse en un desastre, como ha sido el caso.

Un Priísmo sin Cabeza y la Batalla de la Consolidación de la Democracia.- El primer obstáculo que el presidente debió enfrentar para echar a andar la consolidación de la democracia fue la ausencia de un mandato claro. Una parte de la sociedad mexicana se mantuvo en el priísmo y una minoría importante en la izquierda y a Fox le fue negada la mayoría legislativa. Pero igualmente importante fue el hecho de que la mayoría de las gubernaturas y de las presidencias municipales no estuvieron en juego en el 2000 y permanecieron en manos de priístas, como también las estructuras burocráticas de las secretarías de Estado y de las grandes empresas estatales que aún quedaban. También eran priístas las dirigencias sindicales, las de la organización campesina y las de la CNOP que mantenía sus complejas redes entre vendedores ambulantes, choferes, colonos, etcétera.

El segundo obstáculo fue el entorno económico. La inesperada depresión, producto de la desaceleración de la economía norteamericana, fue un frenón al crecimiento que

convirtió en humo la promesa foxista de un crecimiento promedio anual del PIB del 7%. El tercer obstáculo fue que a partir del 11 de septiembre del 2001, Washington convirtió también en humo su compromiso de hacer de la relación con México su relación externa más importante. Y el cuarto y decisivo obstáculo, fue la personalidad de Fox, que le impidió sacar todo el provecho posible a su triunfo histórico en julio del 2000.

Justamente por ser un gobierno de minoría, el de Fox debió proponerse iniciar de inmediato una nueva y gran batalla, una encaminada a usar la ventaja de su popularidad y legitimidad y del desconcierto del adversario para, sin dar ni pedir cuartel, ganar no sólo para el foxismo sino para la democracia, el resto del Estado mexicano. Y es que no había punto intermedio, pues o se daba de inmediato esa nueva lucha a fondo o los adversarios de la democracia se recuperarían e iniciarían el esfuerzo por recobrar el terreno perdido. Y es aquí donde Fox, el grueso de los foxistas y el PAN dudaron, se amedrentaron, decidieron pactar y finalmente nos hicieron a todos perder una oportunidad histórica.

La Oportunidad Perdida.- Con un “priísmo sin cabeza”, el presidente y los suyos tuvieron una “ventana de oportunidad” que no podía durar mucho ni se podía repetir. Por unos cuantos meses pudieron haber aprovechado el desconcierto de un grupo político muy plural y al que no unía ningún valor ideológico sino la simple ambición de poder. Una operación concertada hubiera debido buscar las divisiones y negociar con unos en contra de los otros, tratar de poner del lado del poder presidencial –un poder muy respetado dentro de la subcultura priísta— a los más afines y menos manchados por los decenios de corrupción del pasado, ofreciéndoles apoyos e incluso parcelas de poder a cambio de deslindarse del PRI dinosáurico. Igualmente pudieron Fox y el PAN tratar de hacer compañero de viaje al PRD, pues si antes de la elección del 2000 se pensó en la posibilidad

de una alianza electoral con la izquierda para derrotar al PRI, se hubiera podido revivir el proyecto en función de la conveniente tarea común de “despriisación”. No fue el caso.

Lo que efectivamente ocurrió en el 2000 fue, en primer lugar, una separación entre Fox y el PAN, que pronto se convirtió en un gran obstáculo para llevar a cabo la conquista de las áreas del Estado aún bajo el dominio priísta. Luego, el nuevo presidente en vez de mostrarse agresivo, decidido y arrojado en el proyecto democratizador prefirió optar por la prudencia. Por no meterse con la unidad del viejo partido de Estado favoreció la emergencia de un liderazgo tradicional y dinosáurico —el de Roberto Madrazo—, suponiendo que con él se podría negociar la gobernabilidad del sexenio. Con ese espíritu dominando en “Los Pinos”, la prometida pesca de “peces gordos” para ajustar cuentas con la gran corrupción del pasado, simplemente fracasó y la impunidad retornó por sus fueros, apoyada por el regreso de Carlos Salinas. Es de suponerse que ante la blandura e incapacidad del foxismo con el adversario, el PRI —al que Fox incluso llegó a convocar a “Los Pinos” para cogobernar— debió respirar con alivio y sin perder tiempo se lanzó al contraataque, pues la posibilidad de recuperar el poder en el 2006 resultó un estupendo cemento para mantener la unidad en peligro y los viejos esqueletos bien metidos en los clóset del que nunca fueron sacados.

En el empeño por recuperar lo que fue suyo, el priísmo ha usado —y seguirá usando— todas y cada una de las posibilidades que le da su estupendo conocimiento de todos los recodos de lo que queda del “Estado priísta” y su control sobre una buena parte de ellos, desde la Secretaría de Hacienda y el Banco de México, pasando por gobiernos locales, el sistema educativo, medios de comunicación, su relación con banqueros y empresarios y muchas cosas más. De esta manera no sólo ya logró impedir que el foxismo se metiera en esos espacios, sino lo que es peor, ya ha empezado a abrir boquetes en la misma zona donde

está asentado el nuevo régimen: en la presidencia o en el IFE. La única esperanza que queda frente al nuevo momento de la verdad —el 2006— es que esa mayoría de ciudadanos que se alejaron de las urnas en el 2003, regresen a las mismas dispuestas a apostar por la consolidación de la democracia, pues de lo contrario la regresión será inevitable.